

Maestros que cuentan

Un compromiso con arte de soñar



Docente Ruth Albarracín Barreto

ctorresh5@yahoo.es

Licenciada en Educación Pre-escolar de la Universidad Pedagógica Nacional, Especialista en Lenguaje y Pedagogía por proyectos de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, actualmente labora en el Colegio Agustín Fernández en el grado jardín de la sede B ubicada en el barrio Cerro Norte de Usaquén.

En esta edición de maestros que cuentan Ruth Albarracín Barreto, una docente que se salió de las fábulas, a quien muchos quisimos tener en la infancia, una maestra comprometida con la piel y las fantasías de los niños.

Creo que empecé mi formación desde la barriguita, con mi mamá, quien luego me llevó de niña a visitar las cárceles de militares. Crecí haciendo poesía, ayudando a realizar campañas y a recoger dinero para los hijos de los presos de Melgar, pues no tenían todo lo digno.

Mi papá fue pensionado de la Armada, veterano de La guerra de Corea. Murió peleando por sus derechos, pues a quienes estuvieron en los enfrentamientos no les dieron “nada digno”, y solo hasta hace poco les hicieron un reconocimiento del cual no gozo. Esa lucha de los derechos de mi mamá y mi papá me enseñó el sentido colectivo de la vida.

El negocio de mis padres era el almacén “Palacio Musical”, ubicado en una casona vieja de la 7ª con 21, en el centro de Bogotá. Ahí vivíamos con tres hermanos menores y cuarenta gatos, viendo la diversidad de la ciudad y reconociendo el contexto del gamín, la prostituta y el hippie. Ello me mostró la necesidad de tener un sentido socio-cultural, que creo que es la apuesta de convivencia que se viene construyendo desde hace años.

Tuve la oportunidad de estudiar en dos colegios privados gracias al esfuerzo de mis padres. Primero en el Colegio La

Asunción ubicado en la 76 con 11, cuya dueña era Elvira Villegas de Santos, que entrego su vida a la educación. Luego pasé al Colegio José Joaquín Castro Martínez, dirigido por Julia Castro Delgado, en donde terminé mis estudios. En ambas instituciones, viví una realidad social que me impactó, pues compartí con hijas de personas de dinero, pero también con niñas solas y abandonadas en sus casas porque sus padres trabajaban.

Cuando finalicé mi bachillerato, quise estudiar Artes Plásticas, pero mis papás no me apoyaron. Entonces, por el amor a los niños, entré a la Universidad Pedagógica a estudiar Licenciatura en Educación Preescolar. Al terminar, junto a tres compañeras, fundé el jardín “Pequeños Artistas” en Chia. Fue un proceso interesante, porque implementamos una propuesta curricular desde el arte y con el arte. Trabajábamos con niños de un año, hacíamos aseo, cocinábamos, enseñábamos natación, entre otras actividades que enriquecieron la experiencia, pero sin remuneración económica.

Entonces decidí presentarme al Distrito. En la prueba preguntaron todo sobre escuela nueva, de lo que no tenía conocimiento. Sin embargo, en la entrevista la pregunta clave fue: “¿Si a usted le sale trabajo para cualquier parte del país, se va?”, a lo que contesté que sí, porque siento que al maestro le hace falta una práctica rural, como a los médicos; y eso les llamó la atención. Necesitaban maestros de preescolar para Puerto Inírida, y aunque no sabía dónde era, me fui siendo una joven de 27 años, con toda la formación académica y sin compromiso de matrimonio. Eso fue encontrarme conmigo misma.

Llegué a Guainía, al preescolar “Nicolásito”, un colegio hecho por la comunidad, en el que estudian colonos e indígenas. Ingresé sin conocer a nadie y sentí el celo de algunos maestros, porque muchos estaban en formación a distancia, y mi hoja de vida era sobresaliente, pues para mí es clave la formación no-formal, como eventos, conferencias y encuentros, y como crecí en el centro, era normal ir a exposiciones y a todos los espacios que podía.

Mientras estuve en “Nicolásito”, me llamó la atención que alrededor de las malocas tuvieran figuras gigantes en cemento, de Mickey Mouse y el Pato Donald, lo cual no era lo ideal para mí, porque no

hacían parte de ese entorno. Entonces empecé a decorar el aula con los niños, utilizando la fibra de la palma de chiquichiqui o marama, canastos y demás elementos propios de la región. Así, trabajamos por proyectos, hicimos murales y organicé centros de interés con los niños en la maloca, pues es un sitio relajante y espiritual.

Un año después, el director aprobó un proyecto para tener materiales, y con otras cuatro profesoras, realizamos un trabajo alterno a la escuela. Entonces, en las tardes hacíamos talleres para los niños. Fue una experiencia formadora que permitió que me llamaran del Centro Experimental para realizar asesorías con los supervisores. Salía en comisión para las escuelitas por el río, donde pude contemplar la belleza de la comunidad y conocer a los niños en pleno caserío. Allí, por microcentros, les enseñaba a los maestros acerca de la calidad de vida, infundiéndoles que hicieran cultivos hidropónicos, para diversificar su alimento y el de la población vecina.

En las visitas, trabajaba con supervisores y maestros, pero también me sentaba con los niños a hacer talleres de máscaras, del cuerpo y demás. Los adultos se asombraban de que se hicieran actividades en tan poco tiempo y en condiciones difíciles de alimentación “como comer lentejas gorgojadas”, y de comodidad “como tener que meterse bajo un toldillo a las cinco de la tarde para huir del jején”. Estas experiencias de la realidad en que viven muchos maestros y comunidades me marcaron.

Luego de estar en el jardín por un tiempo, trabajé como coordinadora del Centro Experimental Piloto, donde junto con otros compañeros, abrimos una propuesta etnoeducativa en el Guainía y potenciamos a los maestros. Durante este período, conocí al que es mi esposo Darío, un bogotano defensor de menores. Al quedar embarazada, renuncié.

Luego de dedicarme a nuestro bebé Nicolás por 8 meses, fui ubicada en Bogotá, en la Unidad Básica Rafael Uribe. Tiempo después, nació nuestra segunda hija Adriana Estefanía, y debido a la dificultad en el desplazamiento, busqué un cambio, y me trasladaron a Suba (localidad donde vivía). En esta localidad tuve dos momentos: uno en el colegio Gerardo Paredes, ubicado en un sector comercial con dificultades sociales detrás, pues se venía luchando



**“El niño no está para hacer planas,
está para ser feliz, para jugar y
para vivir.”**



para que los niños tuvieran pupitres y bienestarina. En esta institución inicié el preescolar en la tarde. Para esa época, la situación estaba tan difícil que en un tiempo en el que no había agua, nos sentamos a ordenar los residuos, a reciclar, y sin ningún motivo nos pusieron una amenaza de muerte a cinco maestros. A pesar de ello, el trabajo con los niños nos fortalecía.

Me trasladaron luego a la jornada de la mañana en la escuela Nueva Colombia. En ella se entendió bien la Ley General de Educación de la que tanto hablaba Abel Rodríguez, los proyectos pedagógicos y el Proyecto Educativo Institucional (PEI). Entonces, empecé a trabajar por proyectos con tercero de primaria, y a los seis meses, por invitación del rector, escribí a mano el proyecto “Expresión y creación por un mundo posible”, que al ser aprobado por el CADEL (Centro de Administración Distrital de Educación Local), me permitió brindar apoyo a los maestros. Así, pasé el plan de cómo quería el salón y fue dispuesto especialmente para el proyecto, con todos los implementos necesarios (televisor, DVD, colchonetas, grabadora), proporcionados por los padres; ello generó un compromiso muy grande.

Entonces llegó ENDA, una ONG, con una propuesta de gestión ambiental y empezamos a trabajar con un grupo de antropólogos que apoyaban procesos en la escuela, lo que permitió la sistematización de la misma. Nos enseñaron a hacer cartografía, nos llevaron a excursiones al río y nos volvimos gestores del ambiente; fue un aprendizaje apoyado por la comunidad, pues nos reuníamos los sábados con jóvenes, niños y adultos, en el llamado Carnaval. Además, hicimos varios proyectos en el humedal Juan Amarillo, todo el proceso con la Fundación Alma.

En la escuela Nueva Colombia trabajé cinco años. Cada grupo tenía un proceso, por ejemplo, en primero, era la lectura natural; en segundo, contar cuentos; y así todos tenían una propuesta pedagógica bien elaborada. Ese fue el sitio de parada de la Expedición Pedagógica. Allí recibimos a evaluadores internacionales como Humberto Quiceno y Graciela Messina, con fotos en el piso y aulas interactivas de Picasso. Los niños acogieron al grupo contándole sobre la era azul y la era rosada, todos se sorprendieron. En los proyectos que hacíamos, también recibíamos a los colegios de alrededor y presentábamos la obra Guernica. Éramos un colectivo interesante hasta que nos empezaron a evaluar y recortaron los maestros de apoyo. Fue cuando tuve que pasar mi solicitud de traslado.

Fui enviada al Colegio Simón Bolívar, en Suba, donde fui maestra de lenguaje en la tarde, con chicos de bachillerato. El rector de la institución conocía mi trabajo, así que me pidió apoyo en los proyectos de aula, aunque muchos pusieron resistencia a los mismos. Tiempo después llegué al Agustín Fernández, para ser profesora del preescolar en la tarde en la sede B; en esta institución me articulé a la “Feria del maíz”, de la que ni los niños, ni los profesores tenían idea, porque era un proceso comunitario. Valde entonces que hay una escuela palpitante en el territorio que tiene un tejido, un saber. Empecé a hacer cartografía con los niños y así conocí el territorio, y en los talleres les entregué materiales que no se encontraban en la escuela.

Tiempo después se realizó la Cumbre Regional de América Latina y el Caribe Arte educación 09 en Alianza para la Educación Artística en Corferías, los niños presentaron sus autorretratos en pastel que eran todo un proceso. Esta obra está en la rectoría del colegio y

ha sido expuesta en la Plaza de Bolívar, además, las fotos se pueden ver en el Blog (<http://expresionycreacion-rutalba.blogspot.com>).

Los padres participan de las presentaciones, porque la escuela tiene que fortalecer la familia, eso es lo que necesitan nuestros jóvenes. Por ejemplo, en una oportunidad un papá, que no fue a trabajar por asistir a la presentación de sus hijos, quedó sorprendido de verlos. Es en ese momento en el que se genera la familia.

Durante los talleres, trabajamos con la inspiración de artistas como Kandinsky, Klee, Vero, Richter y Botero; llevo libros y obras de arte, para que los niños lean otra imagen. Así, hablan acerca de lo que observan, porque son seres creativos en potencia. Además, con el tema del territorio, empezamos a trabajar el autorretrato en la calle, lo que se constituyó en un disparador de la memoria. Por ejemplo, en cierta ocasión se dio la entrega de recibos de Codensa, con lo que uno de los niños dijo: “Mi mamá se pone roja cuando ve ese recibo”, y otro agregó: “Mi mamá dice un resto de groserías”. Esto se prestó para hablar de impuestos y explicarles porqué se debe pagar; todo ello no se planea, sino que se va haciendo con lo que se vive en el aula.

He tenido grupos con normas de convivencia difíciles, así que aprovecho las colchonetas y saco los pupitres para recuperar con el niño el valor del cuerpo y del movimiento. Estos son currículos emergentes en los que he tenido que empezar con cosas básicas como bañar los pies, porque algunos niños ni siquiera tienen ese consentimiento, y si no son reconocidos como seres con amor, como sujetos, es necesario darles esa fuerza. Trabajo la oración, respetando creencias, para generar en ellos el deseo de pedir por sí mismos, porque sé que viven situaciones muy difíciles.

Es posible leer la historia del país en la cartografía y en el territorio de los niños. Una de las historias es la de Anderson, un niño de preescolar que llegó con las mangas afuera, el copete parado y mirando raro. Él nos veía jugar pero no jugaba, por eso hablé con sus padres, que eran jóvenes, para que le compraran una pelota, así empezó a soltarse. Lo especial fue cuando se sentó a pintar, se ensimismaba en su obra. Tengo dos obras de él que me demuestran cómo el arte rompe fronteras en convivencias maltratadas, reconstruye sujetos, inyecta vida y amor, porque así el niño puede expulsar el dolor.

Estoy haciendo un libro con algunas de esas historias fuertes. Por ejemplo la de Rafita, que me marcó porque mi mamá se llamaba Rafaela. Él era un alumno mediador, que llegaba con un dulce y una flor que recogía en el camino; cuando había problemas, él los solucionaba; era alegre, tenía cinco años. Rafa murió en el inquilinato donde vivía, al caer de una escalera. Al otro día, un niño me dijo: “Profesora, su alumno Rafita se murió”, entonces salí,

me encerré en el baño y gritaba, gemía. Gracias a Dios, en ese momento me sacaron en comisión para expedición, porque un duelo en el aula es duro.

Planteo una escuela feliz, en la que el maestro puede hacer mucho por sus alumnos, donde lo importante es el niño y no el currículo, ni el cuaderno, ni la carpeta. El niño no está para hacer planas, está para ser feliz, para jugar y para vivir. Con el currículo hemos ganado premios, por ejemplo, hace un mes una niña ganó un premio de lectura y escritura; también en el Encuentro de Cultura Festiva, obtuvimos un reconocimiento por el proceso del Carnaval, en el que una niña no leía ni escribía, pero al integrarse demostró cómo, si uno les abre otras puertas, los niños se empoderan.

A pesar de que lloro mucho con las historias de vida, sé que la propuesta debe ser con amor, felicidad y arte. Se debe compartir y convivir con cada niño que llega al aula. Debemos propiciar espacios mágicos para el territorio escolar desde las niñas y niños.

Y es precisamente el argumento de “LA FELICIDAD” que la abstrae, el tema de su Tesis Doctoral, al que le ha encontrado espacios de teoría y práctica, un principio que la cuestiona a diario, con el que busca afectar a todos sus niños, y con el que los demás esperamos siga atrapando sueños, personajes en una historia sin fin.





Mural mi cuerpo
Oleos elaborados por alumnos del grado Jardín
Colegio Agustín Fernández Sede BJ.Tarde
PRIMER PREMIO FESTIVAL ARTÍSTICO ESCOLAR - FAE SED. 2010

